



**GEORGE
GILDER**

**EL ALTRUISMO
DE LA EMPRESA**

C U A D E R N O S

EMPRESA Y HUMANISMO

I N S T I T U T O

10

INDICE

1. El capitalismo como sistema amoral o inmoral: una falsa concepción.
2. El capitalismo como regalo desinteresado.
3. El capitalismo como comprensión.
4. Libertad e igualdad.
5. El empresario y la buena fortuna de los demás.

6. El conocimiento, valor añadido por excelencia.
7. Un valor metafísico.
8. El conocimiento como emancipación.
9. Fuerzas clave para la economía global.

NOTA BIOGRAFICA

Los entendidos siempre están diciendo que el mundo se halla en una nueva era, pero no pueden explicar con toda exactitud sus fuentes y su significado. La definen como una era de posibilidades incrementadas, que normalmente derivan de las nuevas tecnologías. Yo vengo a traer el mismo mensaje, pero antes de abordar el tema de la nueva era en la que nos estamos adentrando, creo que es crucial que examinemos el problema moral que se halla en las raíces mismas del capitalismo, porque es el capitalismo lo que nos trae esta nueva era de tecnologías informativas. Y si -como han declarado tantos críticos- el capitalismo es, de algún modo fundamental, un sistema moralmente deficiente, sus frutos también serán moralmente deficientes. Entonces, la prosperidad que la nueva era de tecnologías informativas pueda potencialmente traer consigo será una prosperidad deslucida y fallada, que se logrará, posiblemente, a cambio de nuestras propias almas.

¿De qué nos servirá si los frutos del capitalismo se logran a costa de severas penalidades morales?. Por tanto, antes de dirigir nuestra atención hacia la enorme cantidad de nuevas oportunidades que nos brindan, es preciso centrar nuestra atención en torno a un problema nuclear, a saber, el problema moral del

capitalismo. Creo que descubriremos que mediante el análisis del mismo, podremos profundizar más acerca de las potencialidades reales de la nueva era, a cuyas puertas nos hallamos.

1. El capitalismo como sistema amoral o inmoral: una falsa concepción.

¿Cuál es este problema moral?. Creo que comenzó con Adam Smith. Declaró que el capitalismo, en su esencia, se basa en el interés propio, que el capitalismo, de algún modo, es un sistema que se alimenta de la codicia y de la avaricia. Este argumento llegó al principio mismo de la era capitalista, y nada menos que del principal portavoz del capitalismo. No es difícil, por lo tanto, entender cómo los detractores del capitalismo también cuestionan sus cimientos morales, cuando Adam Smith, el *fundador* del capitalismo, no fue capaz de ofrecer otro raciocinio más halagador para el sistema.

No de la benevolencia -escribió Smith-, sino del amor a sí mismo hemos de esperar el pan de nuestro panadero. El capitalismo -mantenía- es una especie de alquimia que convierte la codicia y la avaricia -por medio de una *mano invisible*- en prosperidad capitalista. Esta

es la famosa tesis de Smith acerca del sistema. Así que cuando oímos al Papa y a otros escritores y críticos católicos cuestionar algunos de los supuestos morales del materialismo capitalista, podemos comprender que esta crítica surgió con el principal defensor del capitalismo. Pienso que éste ha sido el problema fundamental del sistema: cuando hablamos de los valores fundamentales del amor, de la caridad, de la esperanza y de la amistad, es como si habláramos de cosas ajenas a la causa del capitalismo, que es un sistema amoral basado en el interés propio.

Sobre esto apenas existe debate alguno. Esencialmente, los defensores del capitalismo, como Adam Smith, están de acuerdo con sus detractores, en cuanto que coinciden en afirmar que el sistema es, de algún modo, amoral. No hay economía moral; la economía es moralmente neutra, dicen tantos abogados como detractores del capitalismo, cuando se refieren al sistema que crea nuestra prosperidad.

Yo creo, no obstante, que se trata de una *falsa concepción fundamental* en torno a cómo funciona el sistema. El capitalismo no es, ni puede ser, amoral. La prosperidad que trae el capitalismo se deriva de los mismos valores que producen la prosperidad humana

en todas nuestras relaciones individuales y familiares. En otras palabras, no se puede separar la vida económica de la vida familiar y espiritual, forman una unidad, y si no somos capaces de comprender que esa unidad se deriva, sobre todo, del cúmulo de valores y afirmaciones espirituales, entonces no habremos entendido nada acerca de la economía, ni acerca del futuro de las tecnologías informáticas.

Quiero refutar, ante todo, la idea de que el capitalismo es una especie de "pacto fáustico" -un acuerdo con el diablo mediante el cual obtenemos prosperidad y riquezas a cambio del despliegue de la avaricia y el pecado-. Porque parece que así se resume la teoría general del capitalismo: un trato con el diablo, una especie de pacto fáustico como fuente de los frutos del capitalismo.

2. El capitalismo como regalo desinteresado.

El acto central del capitalismo, desde sus mismos comienzos, ha consistido en dar, no en tomar. El supuesto principal del sistema es que el capitalismo empieza con dar. La antropología nos aporta muchos datos que apoyan la idea de que así empezó el capitalismo: las pri-

meras economías eran economías de intercambios, de transacciones; sistemas en los que cualquier intercambio había de acordarse sobre la marcha. En una economía basada en los intercambios, toda transacción ha de ser planeada, por así decirlo. De hecho, así es como funcionan las economías tribales. La gente, constantemente, está poniéndose de acuerdo para llevar a cabo intercambios. Se trata de algo muy complicado y difícil.

Yo creo que este tipo de sistema planificado, que es lo que produce la economía de intercambios, queda superado, sobre todo, por la iniciativa capitalista, y que los primeros actos capitalistas fueron regalos que provinieron de hombres que se impacientaron con todas las complejidades del intercambio, y así decidieron, sin más, hacer un regalo, una ofrenda, una prestación, sin ninguna reciprocidad pre-establecida.

Según nos enseña la antropología, estos regalos empezaron, muy a menudo, como fiestas: el hombre importante de la comunidad organiza un gran banquete e invita a toda la gente a la fiesta. Esta fiesta suscita, a la gente que participa en ella, el deseo de hacer lo mismo: los participantes se sienten endeudados con respecto al anfitrión y buscan la manera de devolverle el favor. Este es el modo

en que se desenvuelven las pautas del intercambio capitalista: empieza con un regalo por parte de algún empresario, que suscita, por parte de los beneficiados, el deseo de corresponder, y de este impulso inicial de generosidad proviene el espiral de intercambios que, en la última instancia, da lugar a la prosperidad capitalista.

En nuestra sociedad contemporánea, no tenemos patrones tan obvios de regalos, como en las sociedades tribales. En nuestra sociedad contemporánea, los regalos son, esencialmente, *inversiones*. La gente desconfía mucho de la idea de que las inversiones son regalos, porque los regalos se dan sin expectativas de reciprocidad: son espontáneos y anónimos, y no están contaminados con la obligatoriedad de una contraprestación.

Pero en el mundo real los regalos *no* se hacen sin una reciprocidad anticipada; la gente hace regalos con la idea de recibir a su vez -aunque sea sólo en la vida venidera-. El punto esencial es que no existe una reciprocidad *preordenada, requerida u obligatoria*. Este es el vínculo entre los regalos en la sociedad primitiva, que suscitan una reciprocidad que lleva a una espiral de intercambios, y los regalos de la sociedad capitalista, que adoptan la forma de una *inversión*, que se

lleva a cabo sin la necesidad de una contraprestación requerida u obligatoria.

Cuando un empresario hace una inversión, se trata de una apuesta, de una suposición, pero no de un contrato que requiera una reciprocidad obligada. Es una especie de regalo que se hace a la sociedad con la idea de cosechar, posiblemente, algo a cambio, pero sin la estipulación expresa de que así sea de hecho. Para hacer un regalo, lo primero que hay que hacer es ahorrar -lo mismo da para un regalo como para una inversión-. Lo primero que hace el empresario es ahorrar, esto es, aplazar su consumo propio para disponer de los medios para poder hacer el regalo. El primer paso de la inversión empresarial es el ahorro, el sacrificio de uno mismo, la supresión de los propios intereses para ponerse al servicio de los demás por medio M regalo o de la inversión.

Así que el primer paso de la actividad empresarial, el ahorro, se opone frontalmente a la codicia. Se trata de sacrificar el consumo propio para poder servir a los demás.

3. El capitalismo como comprensión.

El segundo paso de esa actividad es la *comprensión*. El fundador de vuestra Universidad

ha dejado escrito que la caridad está en comprender. Una inversión o un regalo no prosperará si no se basa en la comprensión imaginativa de las necesidades de los demás; esto es lo que hace que tenga éxito la inversión. Sólo así, mediante esta comprensión, podrá el empresario hacer un regalo que los demás reconozcan como un *beneficio*.

Uno de los grandes errores que encontramos en algunos círculos izquierdistas, es que se piensa que resulta fácil hacer regalos. Pero cualquiera que haya tenido el problema de encontrar regalos adecuados para dar en Navidad, por ejemplo, se habrá dado cuenta de que realmente es difícil hacer regalos que los demás consideren valiosos. Hace falta conocer muy bien a la persona a la que se vaya a hacer un regalo, para asegurarse de que no vaya a hacerle daño, o, por lo menos, para poder hacerle el regalo sin indiferencia .

Resulta muy difícil regalar sin hacer daño. Esta es la gran lección del Estado de Beneficencia. En algunos países, el Estado de Beneficencia ha crecido hasta tales extremos, que los regalos del Estado, de hecho, perjudican a los receptores. Los regalos excesivos del Estado de Beneficencia destrozan sus familias, crean dependencias, desmoralizan a los supuestos beneficiados, les despojan de su dig-

nidad como trabajadores en el mundo, les quitan la posibilidad de servir a los demás y de este modo alcanzar una de las mayores gratificaciones que aporta la vida en este mundo.

Los llamados *regalos* del Estado de Beneficencia, muy a menudo, hacen daño a los receptores. Lo que viene a enseñarnos el capitalismo es cómo efectuar regalos que sean realmente productivos, esto es, regalos que traigan beneficios. Pero, ¿qué se entiende por beneficio?. Es la diferencia entre el valor del regalo para el donante, y su valor para el receptor. La ganancia, en alguna manera, es un indicador del altruismo del regalo, el grado en que el regalo se basa en la *comprensión de las necesidades de otras personas*.

Muchos inversores han hecho sus grandes regalos y han descubierto que, debido a que sus donaciones no se basaban en la comprensión, fueron rechazados en la plaza del mercado y no generan ningún tipo de correspondencia. Pero sin reciprocidad no hay prosperidad, ya que el valor del regalo depende del beneficio que contiene. Las inversiones contribuyen a la prosperidad en cuanto que el receptor las considera más valiosas que el

propio donante. Esta es la ganancia esencial que logra el sistema.

4. Libertad e igualdad.

Pero esta ganancia y este modo de intercambio, que arranca con la donación y el altruismo, sólo puede tener éxito si la reciprocidad es *voluntaria*. Esta es la razón por la que el capitalismo depende tanto de la *libertad*. Las gentes deben responder libremente a las iniciativas del empresario mediante inversiones recíprocas. Por esto, el capitalismo requiere libertad, y el verdadero altruismo de la inversión -esto es, empresarios que, con imaginación, sirven a los demás por medio de la producción de nuevos bienes y servicios que realmente satisfacen sus necesidades- sólo puede generar ganancias si las respuestas son voluntarias.

Debido a esto, surge un tercer gran principio del sistema: el capitalismo se basa en la *igualdad*.

Los compradores potenciales de los bienes que ofrece el capitalista pueden rechazar voluntariamente los bienes ofrecidos; sólo así pueden generarse las espirales de ganancias

que se derivan de los esfuerzos recíprocos que el sistema capitalista produce en el mejor de los casos.

Tampoco se puede dar, si no se tiene. La generosidad en el dar, necesariamente, ha de basarse en las pertenencias y en la *propiedad*. Y la propiedad verdadera sólo puede darse en sociedades en las que se reconoce la igualdad de todos los hombres. Porque si sólo pueden realizar regalos los poderosos, si son capaces de *obligar* a la gente a comprar sus bienes al margen de sus preferencias, entonces no puede funcionar el sistema. Las respuestas voluntarias dependen del reconocimiento de la igualdad de todos bajo la ley. El empresario poderoso no puede obligar a los ciudadanos a comprar el bien que ofrece.

He aquí una condición esencial del capitalismo: la igualdad de todos los ciudadanos. Sin embargo, descubrimos que a lo largo de la historia, rara vez emerge la igualdad bajo la Ley, a no ser que la sociedad, previamente, sostenga y reconozca la igualdad de todos los hombres a los ojos de Dios. Esta es la razón por la cual la igualdad que necesita el capitalismo proviene de una sociedad que sostiene el gran patrimonio moral de la tradición judeo-cristiana.

Creo que si miramos cómo funciona de verdad el capitalismo -y no según la versión de los teóricos que lo describen-, descubriremos que su fundamento reside en los valores del altruismo, la comprensión de los demás, la orientación hacia sus necesidades, la disponibilidad de hacer regalos sin exigir una reciprocidad mandatoria, y la capacidad de generar ganancias que reflejan el verdadero valor de los bienes y servicios según la libre voluntad de los clientes a la hora de comprarlos.

5. El empresario y la buena fortuna de los demás.

La última dimensión del altruismo de la empresa capitalista, creo, es el deseo que tiene todo empresario, de que los demás empresarios tengan éxito. El empresario no contempla el sistema como un juego de Suma cero, según el cual sus propias ganancias sólo pueden generarse sobre la base de las pérdidas de los demás. Más bien, el empresario contempla mayores espirales de ganancias conforme sus clientes prosperen al mismo tiempo que él mismo.

Sobre todo, el empresario desea que prosperen los pobres, que constituyen aquel mercado sin aprovechar que es el más grande

de cualquier sociedad capitalista. Cuanto más prosperen los pobres, mayores serán las oportunidades para la inversión y para las ganancias que se deriven de ella. Por lo tanto, el sistema capitalista no sólo depende de la igualdad -la respuesta libre y voluntaria de los clientes-, sino que continuamente se orienta hacia los pobres, va a su encuentro, porque el empresario sabe que él prosperará en la medida en que prosperen los demás.

Por esta razón, a lo largo de la historia, los pobres siempre han salido mejor parados en las sociedades capitalistas que en las sociedades comunistas, a pesar de la pretensión de éstas últimas de basarse en el servicio a los pobres.

El empresario capitalista, de forma creativa y espontánea, responde a las necesidades de los demás y produce, beneficiosamente, nuevos bienes y servicios que los demás necesitan, y a la vez busca a los pobres para expandir sus mercados, y así hace posible una economía próspera y progresiva.

Walter Lippmann, el gran filósofo político norteamericano, resumió gran parte de esta teoría en su famoso libro, escrito en medio de los años de la Gran Depresión, *The Good Society*. Quisiera traer a colación sus ideas aquí. Con la emergencia del capitalismo indus-

trial, por vez primera en la historia del hombre, había surgido un sistema económico capaz de posibilitar a un hombre la creación de riqueza sobre la base de la buena fortuna de los demás, que multiplicaba la suya propia. Por fin, la *Regla de Oro* era sólida económicamente. Por vez primera, los hombres eran capaces de concebir un orden social en el que las antiguas aspiraciones de libertad, fraternidad e igualdad, eran coherentes con la abolición de la pobreza y el aumento de la riqueza. Hasta que la división del trabajo hiciera que los hombres dependiesen de la libre colaboración de otros hombres, la política mundana era depredadora. Los mandatos del espíritu provenían de otro mundo. Hasta que la Revolución industrial alterara el modo tradicional de vida, no se abrió el panorama hacia la posibilidad de alcanzar la *buena sociedad* en este mundo. Por fin, el viejo cisma entre el mundo y el espíritu, entre el interés propio y el altruismo, se cerraba en potencia

6. El conocimiento, valor añadido por excelencia.

En el momento actual estamos, como ya he dicho, en el umbral de una nueva Revolución Industrial. Creo, además, que esta nueva

Revolución Industrial acelerará, con creces, las tendencias morales que ya he descrito aquí: la nueva Revolución Industrial, que cada vez más se adentra en el mundo de las tecnologías informativas, va a necesitar, cada vez más, que los fundamentos espirituales de la riqueza sean comprendidos y buscados. Hará falta que se supere la mentalidad de la *Suma Cero*, ya trasnochada.

Para entender cabalmente cómo esta nueva era va a cambiar las dimensiones morales del sistema, me gustaría referirme a un ejemplo de una tecnología informativa: un *libro*. Ahora bien, mucha gente, cuando piensa en las tecnologías informativas, no suele pensar en los libros, y, sin embargo, un libro es, de hecho, una versión clásica de una tecnología informativa. Creo que la mejor forma de entender el tipo de cambios que llevan consigo las tecnologías informativas es, precisamente, la de considerar un libro.

Llegué a pensar en el libro como tecnología informativa en un debate con una persona que mantenía que el futuro de la era informática dependerá de quién sea capaz de dominar la disciplina de producción microelectrónica, de manufacturar y elaborar los materiales claves de los semiconductores y de la electrónica, determinando así la distribución futura del

poder en la era informática. La manufactura - mantenía esa persona- será la clave del futuro de las tecnologías informativas, del mismo modo que fue la manufactura la clave de las tecnologías industriales. Yo le enseñé uno de sus propios libros y le pregunté dónde se había manufacturado ese libro. Tuvo que confesar que no tenía la más mínima idea de dónde se había manufacturado, pero más importante que este desconocimiento, era el hecho de que *no le importaba*. De hecho, a pocas personas les importa mucho saber dónde se ha manufacturado un libro. Hablando en general, un libro cuesta aproximadamente 100 pesetas en cuanto a su fabricación; el valor añadido del libro viene aportado por la labor de los escritores, de los editores, de los intermediarios, de los distribuidores, etc. La manufactura, de hecho, supone una minúscula parte del valor añadido en un libro.

En aquel debate, enseñé un libro, pero podría haberme referido, de la misma manera, a un disco blando, un disco duro, un disco compacto, o un disco óptico capaz de almacenar mil enciclopedias británicas. Podría haberme referido a cualquiera de esos aparatos con memoria para almacenar información, y todo lo dicho seguiría siendo válido.

Cualquiera de esos cuesta aproximadamente 100 pesetas, en cuanto a su coste de fabricación en serie. Por lo tanto, el *valor* que se deriva de estos artilugios depende, en su totalidad, de su *contenido*.

El *medio* no es el mensaje; el *mensaje* es el mensaje. En todos los casos expuestos, cuesta 100 pesetas manufacturar el aparato, y sin embargo se puede vender por más de 50.000 pesetas si contiene un valioso programa de *software*. Si contiene el elemento crucial de un sistema de superordenadores, entonces puede venderse por más de 100 millones de pesetas.

La idea es que la fabricación, la manufactura, cada vez tiene menos importancia, en la era de la información, en términos de su valor añadido. Mi contrincante en el referido debate me concedió que todo ello era cierto, pero sólo aplicable a productos de *software*; todo el mundo reconoce que la clave del valor de un producto de *software* es, precisamente, la información que contiene. Pero -según él- no ocurre lo mismo con el *hardware*, en los que topamos con el valor crucial de los materiales escasos que se hallan en el corazón de las grandes computadoras de la era informática y de las telecomunicaciones. Pude contestarle una vez más que estaba totalmente equivocado: incluso la computadora más grande

deriva su valor de un *chip*, que esencialmente es un trozo de arena, una de las sustancias más abundantes en la tierra. Y aquel *chip* también cuesta, de por sí, sólo 100 pesetas en cuanto a los costes involucrados en su manufactura en serie, y así mismo se puede vender a un precio que oscila entre las 100 pesetas -en el caso de un chip sencillo para el almacenamiento de memorias- hasta más de 100.000 pesetas, en el caso de una pieza para colocar en el corazón de un complicado sistema de ordenadores.

Así que la idea de que sea la información la que aporta el valor, no sólo pertenece al *software*, sino también al *hardware*. Esto trae consigo consecuencias importantes.

7. Un valor metafísico.

En este momento actual, representantes de la Administración de los Estados Unidos están recorriendo el mundo entero con el fin de inducir a otros países a respetar sus controles sobre la exportación de materiales referidos a la defensa nacional. Pretenden impedir que otros países vendan alta tecnología a los soviéticos, y han impuesto toda una serie de restricciones a algunas compañías con el fin de lograr esta meta. Ha habido algunos casos con respecto a las producciones de semiconductores,

en los que ha habido violaciones de estos controles, con gran indignación en Washington.

Pero, cuán fútil es intentar restringir las tecnologías informativas, que no tienen ningún tipo de envoltura material, por así decir. Porque el elemento clave de cualquier aparato de tecnología informativa puede reducirse a unos cuantos impulsos de luz o de electricidad, que pueden ser rebotados por un satélite a una estación terrestre en cualquier parte del globo -sin necesidad siquiera de un disco blando.

El valor clave de la era informática no es material, sino metafísico, y no sólo en el sentido inmediato de programas informatizados transmitidos por satélites como impulsos electrónicos. El valor clave de la era informática es la *misma información*, y ésta depende de la creatividad individual.

Los valores clave se hallan en los *recursos humanos*, y la clave de los recursos humanos reside, no en la materia, sino en el *espíritu*. Así que en la era de la microelectrónica, la integridad moral y espiritual del individuo se hará cada vez más importante. Esto se debe a que todas las demás fuentes de valor, consideradas históricamente, están sometidas a un proceso de devaluación. Lo que ahora es crucial, es el *conocimiento*, y aunque muchos piensen que

se trata de un tópico, lo cierto es, hoy en día, que el conocimiento se constituye en *poder*. Lo que esto significa es que muchas cosas que antaño pensaban las gentes que eran fuentes de poder, ahora son cosas impotentes.

Si examinamos lo que ha dejado de ser fuente de poder en el mundo como resultado del auge de las tecnologías informativas, veremos que vienen a desbaratar todos los sueños y todos los fines de todos los tiranos que hayan podido existir en la historia. Los tiranos siempre han pretendido aumentar su poderío sobre la base de la expansión de sus territorios, de la movilización de sus ejércitos, del aumento de la presión fiscal, del aumento del control sobre los empresarios, del logro de beneficios comerciales que se podían convertir en oro que, según ellos, era la mayor fuente de riqueza y de poder. Pero las tecnologías informáticas han convertido el mundo, y todos los recursos naturales, que tantas veces organizan conflictos bélicos, han perdido gran parte de su valor.

La Primera Revolución Industrial transformó muchas rocas y tierras en recursos inmensamente valiosos. De hecho, el efecto de la era de la manufactura en serie, fue la utilización del petróleo y de otros minerales que anteriormente carecían de valor, según creencia

popular. La Primera Revolución Industrial convirtió todo esto en grandes tesoros industriales. En la actualidad, la "Nueva Revolución Industrial" está devolviendo estos llamados *recursos naturales preciosos* a su estado original, a su valor previo como rocas, tierra, etc., haciendo de ellos, de nuevo, materiales obsoletos y triviales.

En su lugar, los *recursos naturales preciosos* de hoy son las *personas*. He aquí la esencia del cambio: *nuestros hijos son nuestros principales recursos naturales preciosos*, y esto es aplicable al mundo en su conjunto. El oro y el petróleo y todas las demás materias primas están sometidos a una rápida devaluación, como saben aquellos que han invertido, en estos últimos años, en hierro, cobre, petróleo, etc. El episodio de la OPEP ha confundido a mucha gente, pero el hecho es que estas materias primas han ido perdiendo valor desde hace más o menos cincuenta años. Dentro de poco, *medio kilo* de fibra óptica será capaz de transmitir más información que una *tonelada* de cobre, y se ha demostrado, en algunos laboratorios en los Estados Unidos, que los nuevos superconductores de cerámica -que esencialmente se fabrican de tierra ordinaria serán capaces de transmitir cien veces más información que un cable de fibra óptica: más de

un trillón de *bits* por segundo. Esto hará descender aún más el valor del cobre, y el cobre es sólo un ejemplo de los materiales que rápidamente van perdiendo valor en la era de las tecnologías informativas.

8. El conocimiento como emancipación.

Lo que significa todo esto es que queda tremendamente favorecido el individuo, y sobre todo, el empresario. En el pasado, los empresarios podían enriquecerse siguiendo los pasos de los ejércitos de su nación. Los ejércitos capturaban extensos territorios con recursos valiosos que el empresario luego podía explotar. Durante siglos, el equilibrio del poder en Europa dependía de quién controlase la cuenca del Ruhr. Hoy en día, esa cuenca se ha convertido en una bolsa de desempleo para el país a que pertenece. Recursos tales como el carbón y el acero ya no son fuentes críticas de valor para la nueva economía global que se avecina.

Así que lo que son buenas noticias para el empresario, son noticias terribles para los Estados, porque el Estado puede excavar minerales y a veces encontrar petróleo -si el empresario le dice dónde se halla; pero es absolutamente impotente a la hora de generar las espi-

rales de ganancias incrementadas que surgen de la expansión del conocimiento.

Esta es la esfera en la que el poder del individuo condena al fracaso la estructura existente de naciones y Estados en el sistema mundial. Esto cambia la configuración misma de los intereses del Estado. Las tecnologías del pasado fomentaban el control estatal: controlando a las personas los recursos y los territorios, se aumentaba el poderío estatal. Pero las nuevas tecnologías favorecen la *emancipación* y la *liberación*.

No sólo han sido devaluados los recursos materiales que se hallan bajo tierra., también aquellos que se ubican en la superficie se han hecho cada vez más *móviles*: si un operador en una estación terrestre es capaz de rebotar capital, ideas y recursos, mediante satélite, a cualquier punto del globo, entonces se escapa a todo posible control. Los gobiernos que intentan controlar a sus empresarios se harán cada vez más pobres, e igual ocurre con aquellos gobiernos que buscan enriquecerse con impuestos desorbitados, consiguiendo así la fuga de capitales o de los propios capitalistas.

Todos los viejos *juegos del poder* empleados por los Estados, en la era de las nuevas tecnologías informativas, se vuelven contra los

propios Estados. Lo mismo cabe decir de los esclavos, que en vez de enriquecer a sus dueños, los encarcelan en sistemas de producción totalmente obsoletos. Los esclavos son inútiles en la era moderna. Lo que hace falta no son esclavos, sino trabajadores independientes y voluntariosos que comprenden su trabajo y desean cumplirlo bien. En el futuro, los gobiernos incrementarán su poder, no mediante la esclavitud, sino por medio de la emancipación de sus ciudadanos.

Un buen ejemplo de ello es lo que pasó cuando Fidel Castro intentó hacerse con los medios de producción en Cuba. Como buen marxista, sabía que los capitalistas controlaban los medios de producción, así que expropió a todos los capitalistas cubanos y por esta acción pensaba que se había hecho con los medios de producción. Pero ocurrió algo extraño: mientras Fidel Castro se hacía con los *medios* de producción, los *hombres* de producción se escapaban a los Estados Unidos. Y resultó que, desprovistos de los hombres y de las mujeres que habían estado organizando los llamados medios de producción, aquellos se convirtieron en toneladas de maquinaria y materiales inútiles.

Y se da que hoy, lo que tanto decimos los norteamericanos, no es cierto: Cuba no es una

isla comunista situada a noventa kilómetros de la costa de Florida: la empresa de Cuba, su cocina, su cultura y todos sus valores cruciales, se encuentran en Miami y en cualquier rincón de los Estados Unidos. Cuba ya no está en Cuba, ¡está en los Estados Unidos!.

9. Fuerzas clave para la economía global.

Este ejemplo viene a demostrar que el poder de las naciones no depende del control que ejerza sobre algún territorio, y que su poder se deriva de su gente, del capital humano que suponen los individuos.

Esta es la razón por la que abordé, al principio, el tema crucial del valor económico de los productos de la Empresa, que se basa en el valor de la gente que los produce y que los compra.

Lo esencial, para la generación de riqueza, es el cultivo de los valores espirituales de los que deriva toda riqueza. Yo pienso que el problema clave del capitalismo -que ofende a tanta gente-, es el problema de la generalización del vicio en vez de la virtud. Pero mi tesis es que éste no es esencialmente un problema del capitalismo, sino fundamental-

mente un problema cultural y religioso. Como dije al principio, no hay nada fundamentalmente corrompible en el sistema capitalista, pero sí lo hay en la cultura hedonista que prevalece en tantas naciones capitalistas -y también socialistas-.

El verdadero problema reside en el hedonismo secular, esto es, en la creencia de que el placer es la verdadera finalidad de la vida, y no en el capitalismo que, como hemos visto, se basa en los valores del altruismo y de comprensión que se propugnan en esta Universidad y en este *Seminario Permanente*.

Son organizaciones tales como la que fundó esta Universidad, las que se están convirtiendo en fuerzas clave para la economía global, puesto que entienden que el problema crucial no consiste en alienar al trabajador de su trabajo en el mundo, como si de algún foro contaminante se tratara, sino en hacer que se eleve a otro plano más elevado aquel trabajo humano y aquel foro en el que se realiza.

Conforme se esfuercen en estos términos, no tienen por qué luchar contra los impulsos y significados del sistema capitalista. Al contrario, se encontrarán desatando nuevas fuentes de creatividad y de progreso dentro de la Empresa libre.

NOTA BIOGRAFICA

George Gilder logró fama mundial con su best-seller *Riqueza y pobreza* (1981), donde expresa sus tesis más conocidas sobre la economía, y del que lleva vendidos más de un millón de ejemplares. Otro Best-seller, *El espíritu de Empresa* (1984), su obra programática, ha sido clasificada de *manifiesto de los empresarios*. Colaborador asiduo del *Wall Street Journal*, *National Review*, *The American Spectator* y *Harper's Magazine*, ha colaborado en la redacción de discursos para la adminis-

tración Reagan. Autor de diez libros, ha sido también profesor en Harvard, de donde es graduado en Ciencias Económicas, y ha pertenecido a diversos organismos, incluidos el Centro Internacional de Política Económica y el Instituto Lehrman. Su última obra toca el tema de los semiconductores.

Se reproduce aquí la conferencia pronunciada por George Gilder en la I Reunión Internacional del Seminario Permanente Empresa y Humanismo, celebrada los días 19 y 20 de noviembre de 1987 bajo el título *Sociedad de hoy -Empresa de mañana*.